

PARAMEDICOS

I. TRIGESIMO ANIVERSARIO DE LA PRIMERA COLACION DE GRADOS DE MEDICOS EVOCACION

Dr. Santiago A. Zizzias

Mendoza, 30 de setiembre de 1988.

Hoy me corresponde el honor y la responsabilidad de la evocación. Trasciendo mi sentir individual y mi voz se convierte en la expresión plural de otras voces que se mezclan en un tiempo de encuentro y de recuerdos.

TREINTA AÑOS UNA GENERACION, UNA VIDA, UN DIA

1958-1988. Memoria y reflexión sobre la primera promoción de médicos de la Facultad de Ciencias Médicas de la Universidad Nacional de Cuyo

Memoria y reflexión sobre vidas entregadas a noble tarea de curar

Resulta difícil ordenar las múltiples vivencias, el recuerdo de tantas experiencias, de tantos sueños y realizaciones.

En 1950, la mayoría de nosotros cursábamos el último año del secundario cuando se constituye la Comisión Pro-creación de la Facultad de Medicina en la Universidad Nacional de Cuyo, que preside el Dr. Juan Motta. Integramos la comisión algunos aspirantes, entre los cuales recuerdo especialmente a Osvaldo Soler y Carlos De Cicco.

La concreción de esta iniciativa representa la materialización de una obra puesta al servicio de una comunidad en constante crecimiento; es también un desafío.

La posibilidad de estudiar en nuestro propio medio, formándonos en la realidad sobre la que debíamos actuar, nos mostraba una perspectiva por la cual estábamos dispuestos a trabajar sin ahorrar esfuerzos.

Antes de lo que esperábamos, por decreto del 26 de diciembre de 1950, se crea la Facultad de Medicina con el nombre "Dr. Tomás Perón".

El primer paso estaba dado. Más, ¿era posible que esta nueva escuela de medicina formara profesionales que estuvieran en igualdad de condiciones que quienes egresaban de las clásicas escuelas de las universidades de Buenos Aires, Córdoba, La Plata y Rosario?

Noventa y seis alumnos ingresamos, con ingreso restricto, conscientes de la oportunidad que se nos brindaba, pero también de la responsabilidad de ser los que abríamos camino.

Reconocemos la idoneidad y visión del Dr. Ama-deo Cicchiti, designado Delegado Organizador, quien implementó un currículum de avanzada que se completaba con un internado obligatorio. Para cumplir con los objetivos de excelencia propuestos trató de contratar profesores de primer nivel. No siempre lo consiguió. Queda el mérito de su trabajo y vocación de servicio.

La falta de recursos es recompensada por la intencionalidad pedagógica de verdaderos maestros.

¿Cómo no recordar sus enseñanzas con un sentimiento de gratitud que trasciende los límites del tiempo!

Allí está el Dr. Estanislao Wajda, con sus extrañas teorías sobre la formación de los glóbulos rojos en los músculos, pero con una excelente formación académica.

Asistimos deslumbrados a las clases de los doctores Juan Carlos Fasciolo y Jorge Suárez, colaboradores del premio Nobel Dr. Houssay, y co-descubridores de la renina. Su calidad de investigadores, unida a su capacidad didáctica, nos introducirán con interés en el campo de las ciencias.

Un investigador del Insituto Max Plank, de Alemania, el Dr. Walter Seelmann, nos daba clase de Biofísica.

La profesora de Farmacología, Dra. Isabel de Wajda, con su bagaje de experiencias adquiridas en

Oxford, como colaboradora de los doctores Clain y Florey, en el descubrimiento de la penicilina, despertaba nuestra curiosidad con sus anécdotas, contándonos cómo recuperaba la penicilina de la orina de los enfermos, en sus comienzos, durante la segunda guerra mundial.

Los viernes y sábados, viajando desde Córdoba, donde era titular de la cátedra de Microbiología, el Dr. George Wenckbach, de origen alemán, nos dictaba la misma materia.

¡Qué admiración nos inspiraba un señor de la medicina, el Prof. Dr. Joaquín Trías Pujol! Sus clases de patología quirúrgica era la expresión de gran experiencia y profundos conocimientos.

Medicina y humanismo

Debemos al Dr. Justo Garate, profesor de patología médica, con su vasta erudición y elegante palabra, el interés por una cosmovisión, donde el hombre se realiza en el mundo, con un significado y una existencia comprometida. Sus permanentes referencias a la filosofía y a las letras, enriquecían nuestro horizonte científico y cultural.

Años más tarde, llegaron desde Buenos Aires excelentes profesionales. Así tuvimos la oportunidad de cursar clínica quirúrgica con el Dr. Clemente Morel; clínica médica, con el Dr. Rodolfo Muratorio Posse; psiquiatría, con el Dr. Ricardo Etchegoyen; neurología, con Jorge García Badaraco; semiología y propeútica clínica, con el Dr. Enrique Rosales.

El recuerdo no puede menos que unirse al reconocimiento por la destacada labor docente de médicos que ejercían su profesión en Mendoza, brindándonos con generosidad la posibilidad de aprender.

El Dr. Osvaldo Costa, un modelo de médico clínico, pues a sus conocimientos une una natural inclinación a compartir sus experiencias y una comprensión de la realidad humana que, sin duda, orientaron varias vocaciones.

Los doctores Humberto y Pedro Notti, José Luis Minoprio, Juan Maurin Navarro, Ricardo Roust, Juan Itoiz, Fernando Martínez, Juan Antonio Orfila, Suris, Contón, Ruiz López, A. González.

Los doctores Arrigoni, Balter y Ceresa. En fin, tantos y tan buenos maestros.

También el agradecimiento a paramédicos que nos facilitaron el cursado de las distintas materias y nos ayudaron con su trabajo. ¿Quién de nosotros podría olvidar la figura maternal y cariñosa de la Caba Rosa?

Sin embargo, éramos conscientes de las múltiples dificultades que debían superarse. La falta de espacio físico. Algunos prácticos se dictaban en los pasillos del Hospital Central. La escasez de recursos materiales, de bibliografía. La incompreensión y desconfianza de algunos médicos del medio. Estas situaciones contribuían a formarnos en la lucha por superar los problemas, a templar nuestro carácter ante las dificultades y a valorar aprovechando al máximo las enseñanzas que nos impartían.

Leíamos mucho, trabajábamos incansablemente. Después de todo, ésta era la realidad con la que el médico se enfrenta cotidianamente.

30 de setiembre de 1958. Primera colación de grados de la Facultad de Ciencias Médicas

Veinticinco egresados hemos llegado a la meta.

Integran la Mesa Académica el ministro de Asistencia de la Provincia, Dr. Juan Ignacio Chionetti; el Rector de la Universidad, Dr. Pascual Colarita; el Dr. Harry Miller, director asociado de la Fundación Rockefeller; miembros del Consejo Directivo y otras autoridades.

El Dr. Orfila reseña la labor realizada, "los mil inconvenientes superados", expresando "su agradecimiento por el esfuerzo realizado por un puñado de hombres y el ansia de aprender de ese grupo calificado de estudiantes que fueron testigos de la lucha diaria por locales, laboratorios y elementos, siendo ellos los primeros jueces que tuvieron los profesores contratados, y de los mendocinos que se iniciaron en la labor docente".

El Dr. Justo Garate pronunció el discurso de despedida. Es un momento de gran solemnidad y emoción. Este acto significaba también para él la culminación de una obra, producto de una decisión de vida. "Yo quemé mis naves, o si quieren ustedes, mi canoa, como Cortés, para no regresar jamás..."

Su pensamiento discurría entre la evocación de su vida, sus lecturas y sus consejos: "Estudien bien una lengua extranjera". "Acercarse a los grandes hombres por la lectura". "¿Cómo orientar a los alumnos tras dejada la Facultad?", se preguntaba. "Los métodos que habían implementado en sus cursos tendían al desarrollo de la inteligencia y el aprendizaje de técnicas y doctrinas para las que más tarde se necesita: el talento para su aplicación, el tacto para el ejercicio, el olfato para la elección de temas generosos, la agudeza para la maraña de la bibliografía, el hábito de presentar y escribir sus historias clínicas y sus reflexiones, la originalidad del pensar, la honradez caballerosa, la madurez en el juicio crítico, paciencia con los enfermos." "Los factores negativos son el juego, la política como profesión, la codicia excesiva por el dinero y el deseo de brillar en sociedad." "Señores, ¿qué será de estos alumnos míos, hoy tan brillantes, dentro de diez años?"⁽¹⁾

Profesor Garate, no pasaron diez años, sino treinta, y he aquí la respuesta a su pregunta.

Esta pausa nos reúne ya en nuestra madurez y en los años de magisterio, encarnado un destino elegido, más humanos, más profundos en la comprensión del mundo.

Estamos transitando esa etapa de la vida que, Romano Guardini, caracterizó como crítica por la experiencia del límite y la aguda conciencia de la responsabilidad.⁽²⁾ El hombre serenado, reflexiona; el filósofo, comprende lo que son las fronteras, las limitaciones y las insuficiencias, las miserias de la vida, pero vuelve a comenzar una vez y otra sus intentos de ayudar. En esta actitud hay mucha disciplina y renuncia, porque ya no tiene la ilusión del gran éxito, de la victoria fulgurante; es capaz de lograr lo que vale y permanece. Es persona a quien se le confía la vida. De tal índole deberían ser el médico y el educador, en todas sus formas.

Hemos sido fieles a nuestro juramento hipocrático.

En nombre de los egresados habla el Dr. Oscar Massetto, sus palabras reflejan la emoción que nos

embarga. Rinde homenaje a nuestros maestros. Reflexiona acerca del privilegio, de la distinción de ser médicos y de la noble situación de pertenecer a nosotros semejantes antes que a nosotros mismos. Promete, en nombre de todos, elevar cada vez más el prestigio de la casa de estudio que abandonábamos.

Carmen Díaz, Aída Birman de Zirulnik, Elena Moreno, Helena Telechea y Esther Suchwolsky. Si para nosotros fue tarea ardua nuestro estudio, práctica y posterior ejercicio de la profesión, piensen ustedes lo que significó para nuestras compañeras de promoción. No puedo, en esta evocación, dejar de destacar la inteligencia y el tesón puesto por ellas al servicio de su vocación. Se abrieron camino a la par, con seriedad y coraje, y matizaron nuestros días con ese toque de delicado encanto femenino.

Treinta años. Veinticinco destinos con un ideal común.

¡Cuánta historia transcurrida! Algunos de nosotros marcharon a perfeccionarse al extranjero, no todos volvieron. Helena Telechea, en los Estados Unidos; Saúl Zaifrani, en Israel.

Alberto Mulet, Bernardino Millán, Aquiles Mazziotti, ya no están físicamente con nosotros, pero su recuerdo los hace presentes en nuestros corazones. Siento un profundo orgullo al mencionarlo, no defraudamos las expectativas ni las esperanzas de quienes nos formaron. Todos mis compañeros son excelentes profesionales que a pesar de las circunstancias histórico-políticas vividas por nuestra generación en el país, siempre estuvieron y están comprometidos con el ejercicio de su vocación médica. Compartiendo la práctica hospitalaria, algunos con funciones de conducción y la mayoría dedicados a la docencia, formando a su vez, a muchas generaciones de médicos.

Pedro Laín Entralgo, al final de su libro "*Antropología Médica*" reflexiona sobre un texto azoriniano: "Progresará maravillosamente la especie humana, se realizarán las más profundas transformaciones. Junto a un balcón, en una ciudad, en una casa, siempre habrá un hombre con la cabeza, meditadora y triste, reclinado sobre la mano. No le podrán quitar su dolorido sentir." Es cierto, porque es libre, porque su libertad lleva consigo el riesgo del fracaso y la forzosidad del límite. Esta es la lectura del resignado.

Hay una segunda lectura, la de los inconformes, la de los luchadores: "Nunca podrán quitar al hombre su dolorido sentir, pero la especie humana se transformará maravillosamente..."

La primera lectura nos conduce a la perspectiva del hambre, de la violencia, de la injusticia, de la guerra; la segunda, a la confianza en el desarrollo de la ciencia y de la técnica, al valor de la libertad, a la lucha por la vida y en contra de la injusticia. Pienso, dice Laín Entralgo, que por esta última opción se decidirán siempre los médicos, aunque en su ejercicio tantas veces les venzan el fracaso y la muerte.⁽³⁾

Hace treinta años tomamos esta decisión.

Mi gratitud por estos momentos de encuentro, enriquecidos por múltiples vivencias. Porque más allá de su significado emotivo, resulta valioso hacer un alto en el camino, para renovarnos con dolores y esperanzas compartidas. Porque el mensaje final tiene un hondo contenido de amistad y optimismo. Porque, a pesar de las alegrías y el dolor, de las diferencias, de las circunstancias, no hemos olvidado que una sonrisa siempre ilumina y que crear ámbitos desde el diálogo es posible, significa dar destino al destino humano y lugar a la esperanza.

BIBLIOGRAFIA

1. Garate, Justo: "Reflexiones ante los nuevos médicos". Discurso. Mendoza, 1958.
2. Guardini, Romano: "La aceptación de sí mismo. Las edades de la vida". Ediciones Cristiandad, Madrid, 1979.
3. Laín Entralgo, Pedro: "Antropología Médica". Ed. Salvat, Barcelona, 1985.